

Santos Vega no se ocupó en perseguirlos. Miró los dos caídos que se morían, y siguió éste la huella de la galera, animando á su caballo con la palabra y la espuela.

La última ilusión

Los caballos iban materialmente postrados. Ya no salían del galope pesado, y amenazaban caer muy pronto al trote y al tranco.

La noche iba llegando lentamente, y el payador se sentía preso de la desesperación más tremenda.

—¡Maldito destino el mío! exclamaba ¡siquiera concluyera con mi existencial! Con esta mujer pierdo la última ilusión de mi vida. Siento que mi corazón se marchita y se seca, pues con ella se desvanece lo único que empezaba á hacerme querer la vida.

La noche había tendido su negro manto, cuando al alazan se paró y cayó sobre las rodillas.

No podía dar un solo paso más. Santos Vega desmontó y le acarició el cuello como podía haberlo hecho con su hermano.

—¡Pobre mi alazan! dijo: has hecho lo que has podido y solo caíste cuando ya no te quedaba un átomo de fuerza para dar un paso más. No importa, añadió, seguiré á pié hasta que caiga también postrado por el peso de fatiga. Me quedará el consuelo de haber hecho cuanto humanamente habré podido.

Y echó á disparar como un loco. Su frente ardía bajo la acción de una fiebre devoradora, y la desesperación que sentía parecía prestar alas á sus piés, tal era la rapidez de su carrera.

Carmona echó á correr también tras su amigo.

Y así siguieron, hasta que al fin el payador extenuado de fatiga y transido de dolor, cayó como herido por un rayo. Carmona lo levantó con sus robustos brazos como si hubiera sido una pluma, improvisó una cama con los ponchos y lo recostó en ella mientras volvía en busca de los caballos.

El payador paso aquella noche bajo la influencia de un terrible delirio.

Tan pronto dirigía sus más melodiosas frases á Dolores como si hubiera estado con ella en amoroso coloquio; tan pronto se incorporaba sobre los ponchos lanzando amenazas de muerte y moviendo convulsivamente la manos como si estuviera esgrimiendo su puñal.

Con el fresco de la mañana volvió á la realidad de la vida, y lanzó un suspiro como si hubiera querido aliviar el pecho de una terrible carga.

—¡Adiós mundo para mí! dijo á Carmona. Cuando creía que todas mis penas se disipaban al soplo de este amor venturoso, la fatalidad que me persigue sin descanso viene á demostrarme que para mí no queda ya nada sobre la tierra. Mi vida se reducirá desde hoy á vagar de pago en pago, sin un momento de reposo para mi espíritu dolorido, ni una trégua para mi angustia. Yo creo, hermano, que lo mejor que yo podría hacer, era sepultarme el puñal en el corazón y concluir con esta yapa de vida, que, ni es cigarro ni es pucho.

—Sería lo peor que pudiera hacer, replicó Carmona, porque